

“El pueblo crucificado” Ensayo con ocasión de los aniversarios de la UCA y El Mozote*

Jon Sobrino**

A modo de introducción

1. La realidad de nuestro mundo es sobrecogedora. Personas con visión nos lo recuerdan recurrentemente. “Nuestro mundo actual está enfermo”¹, decía el Padre Arrupe en 1976. Vivimos en una civilización “gravemente enferma”², dijo el Padre Ellacuría en su último discurso en 1989; “amenazada de muerte”³, ha dicho Jean Ziegler.

Ante la realidad salvadoreña, símbolo de una mayor realidad mundial, Ellacuría acuñó la expresión “pueblo crucificado”. Con ello expresaba con vigor lo sobrecogedor de la realidad, aunque afirmaba también algo que no se suele tener en cuenta y que, por esa razón, quisiera dejarlo asentado desde el principio: de ese pueblo también proviene salvación.

Hoy el término “pueblo crucificado” no es casi usado en el ámbito religioso, y nada en el ámbito civil. Sí suele usarse con alguna frecuencia, sobre todo en organizaciones de derechos humanos, el término “víctimas”, afín, aunque no idéntico en todas sus conno-

* Este texto es una reelaboración de la ponencia tenida en la sede de La Universidad Iberoamericana, en Puebla, el 14 de noviembre de 2011, en el contexto de la “Cátedra Ignacio Ellacuría. Análisis de la realidad latinoamericana”. Las ideas fundamentales también fueron pronunciadas el 7 de diciembre en la UCA en el contexto de la conmemoración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos organizada por el IDHUCA, Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. En este último evento estuvieron presentes sobrevivientes de varias masacres que tuvieron lugar en El Salvador. Varias de las ideas ya han sido publicadas. Véase, por ejemplo, “El pueblo crucificado” y “la civilización de la pobreza”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 66 (2005) 209-228.

** Director del Centro Monseñor Romero, UCA.

1. “El hambre del pan y del evangelio”, conferencia en el XII Congreso eucarístico internacional en Filadelfia.
2. Y hay que cambiarla desde dentro de sí misma “para evitar un desenlace fatídico y fatal”, “El desafío de las mayorías populares”, *ECA* (1989) 1078.
3. Jean Ziegler, *El País*, 9 de mayo, 2005.

taciones, al de “pueblo crucificado”. Pero ninguno de ellos configura la conciencia colectiva.

2. La ocasión para retomar el tema nos la ofrece el XXII aniversario de ocho asesinatos en la UCA, dos mujeres del pueblo y seis jesuitas, el 16 de noviembre de 1989. Y lo exige obligadamente el XXX aniversario de la masacre de El Mozote, el 11 diciembre de 1981, en que fueron asesinados, inocente e indefensamente, contabilizados hasta ahora 936 campesinos, hombres, mujeres, ancianos, entre ellos 430 menores de 13 años. A esta masacre hay que añadir muchas otras. Y hoy sigue siendo sobrecogedor los tres mil a cuatro mil homicidios anuales en nuestro país. Y Somalia, Haití, Darfur, sin que la comunidad internacional se desviva por buscar soluciones arriesgando lo que haya que arriesgar, y sin que surja un clamor en la conciencia colectiva mundial.

3. Con todo, puede asomar la pregunta: ¿a qué insistir en aniversarios del pasado y, además, en lenguaje de “pueblo crucificado”?

En El Salvador también recordamos el XX aniversario de acuerdos que pusieron fin a un cruel conflicto bélico, y en el mundo ha despuntado la primavera árabe. Hay que aceptarlo cordialmente, pero sin que ello lleve a ignorar el pasado.

La tentación está siempre presente. Mueve a ello la psicología, para defendernos de los horrores que hemos cometido los humanos, y para defendernos también del dolor y la mala conciencia que esos horrores generan. Hay ideologías que, facilonamente, consideran retrógrado volver al pasado y progresista mirar al futuro. Pero si nos distanciamos del pasado, las consecuencias son deshumanizantes. Nos acostumbramos a trivializar lo que ha ocurrido y lo que sigue ocurriendo, enterramos para siempre a las víctimas, obramos como si no hubiera habido victimarios y facilitamos que prosiga la actuación cruel de los imperios, mundiales y locales. Y lo que me parece muy importante es que, sin tomarlo en nuestras manos, dejamos

el pasado *en manos del poder*, el capital, las armas, la política, los medios, a veces también instituciones religiosas, culturales... Esas instancias hablarán o callarán del pasado, pero normalmente lo hacen para provecho propio, no para el bien de las mayorías.

Y del pasado también podemos aprender, mejor que del actual presente, cosas que siguen siendo muy necesarias: enfrentar la realidad sin encubrirla, encargarnos de un mundo malherido sin abandonarlo a su suerte, cargar con él sin poner límites a los costos. También podemos aprender a defendernos del ego-centrismo que, como por ósmosis, genera nuestra civilización actual: “lo real somos nosotros”, piensan los que dan la vida por supuesto y no se sorprenden de que haya inmensas mayorías que no la dan por supuesto. Y a defendernos del ego-ísmo: “la realidad está para servirnos”.

Y del pasado, aunque suene altamente contracultural, también podemos aprender a ser seres humanos con esperanza. “Quisiera ser siempre, sobre todo en estas horas de confusión, de psicosis, de angustias colectivas, un mensajero de esperanza y de alegría” (*Homilía* del 10 de febrero, 1980). Y con ánimo. “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor” (18 de noviembre, 1979), decía monseñor Romero.

Una honrada mirada a nuestro pasado también puede aportar profundidad a los movimientos alternativos actuales, que, no por buenos, dejan de estar expuestos a limitaciones. Y en cualquier caso, sin “volver” al pasado de Jesús de Nazaret, a las multitudes a las que defendió y a la cruz en que acabó por defenderlas, no hay cristianismo.

Lo que necesitamos es encontrar “fuentes de aguas vivas”, que no abundan, para irrigar “el erial” social en que vivimos. El pasado puede servir de trampolín hacia adelante y en la dirección necesaria: conversión, compasión, creatividad. Pero sin engañarse. Volver al pueblo crucificado siempre será ir contra-

corriente. Y por razones comprensibles. “Se hace todo lo posible por ocultarlo para que no perturbe nuestra tranquilidad occidental y burguesa”⁴. Es una afirmación de principio, siempre actual.

4. Este artículo tiene dos partes. En la primera, se trata de analizar 1) el origen, contenido y significado del término “pueblo crucificado”, 2) la importancia de declararlo “signo de los tiempos” y 3) “continuación histórica del siervo de Yahvé”, todo lo cual, en mi opinión, no se suele tener en cuenta. En una segunda parte, ofrecemos breves reflexiones que pueden animar y ayudar hoy a la tarea de “bajarlo de la cruz”.

Escribimos desde El Salvador lugar de extraordinaria riqueza de *mártires*, lo que es bien conocido, pero insistiendo en que lo han sido precisamente por defender a un *pueblo crucificado* a manos de *victimarios* muy crueles. A ver las cosas así, nos han ayudado las víctimas, en la modesta medida en que hemos llegado a conocerlas, y muchos de sus defensores, entre ellos monseñor Romero y Pedro Casaldáliga. A conceptualizarlo histórica y cristianamente, siempre ha ayudado Ignacio Ellacuría.

1. El pueblo crucificado. Origen y significado

1.1. El término “mártir”

El término “pueblo crucificado”, aunque remitía a la realidad más flagrante de los

setenta y los ochenta, no formó parte del nuevo lenguaje que emergía en el país. Si ocurrió con el término “mártir” alrededor del asesinato de Rutilio Grande, y de salvadoreños que, individualmente, a veces con algún acompañante, habían muerto asesinados por luchar contra los opresores y defender a los campesinos. El término arraigó en las mayorías populares cristianas y entre quienes las defendían, en monseñor Romero⁵ y en jerarcas de otras iglesias⁶. Y se popularizó para describir *cristianamente* los horrores y la generosidad de la época.

Cuando en 1989 ocurrió la matanza de la UCA, ellos y ellas fueron identificados en lenguaje que ya era habitual: “los mártires” de la UCA. Y el Padre Dean Brackley, en el testimonio de gratitud que dejó grabado poco antes de su muerte el 16 de octubre, daba gracias a Dios por haber compartido veintiún años de su vida “con este pueblo martirial”. “Mártir” y “martirial” fungen aquí como términos genéricos para poner en palabra tanto la crueldad e injusticia, como la dignidad y grandeza de esas muertes, aunque pronto hubo que especificar y diferenciar, lo que haremos más adelante.

Y también comenzó una *reflexión* teórica sobre el *martirio*⁷, necesaria ante la novedad de la muerte de muchos cristianos. La novedad consistía en considerar *mártires* no solo a los que son dados muerte por la *fe* en *Cristo*, lo cual no era verosímil en El Salvador, sino por el *seguir a Jesús*, lo que en nuestros

4. I. Ellacuría, “Discernir el signo de los tiempos”, *Diakonia* 18 (1981) 58.

5. “Para mí que son verdaderos mártires en el sentido del pueblo” (23 de septiembre, 1979).

6. El obispo Pedro Casaldáliga, inmediatamente después del asesinato de monseñor escribió: “San Romero de América, pastor y mártir nuestro”.

7. En 1977, tras la muerte de Rutilio, monseñor Romero abordó pastoralmente la realidad de los asesinatos de gente cristiana y popular en general, y pidió una reflexión teológica sobre el tema. Escribí “Persecución de la Iglesia en El Salvador”, que apareció en *Publicaciones del Secretariado Social Interdiocesano*, San Salvador, 1977, pp. 39-75. Después apareció con el título “Significado teológico de la ‘persecución a la Iglesia’. A propósito de la arquidiócesis de San Salvador”, en Jon Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia*, San Salvador, 1986, pp. 237-269. El avance teórico consistía en afirmar que la Iglesia no era perseguida, ni se daba muerte a los cristianos, por razones de ortodoxia o por intolerancia de regímenes ateos,

países exigía la denuncia de la injusticia y la práctica de la justicia⁸.

El nuevo concepto de “mártir” fue importante, pero hubo que situarlo adecuadamente en una realidad mucho más amplia de muertes violentas e inocentes. En mayor medida y con mayor crueldad que los sacerdotes asesinados, por ejemplo, fueron masacradas mayorías, injustamente, muchas veces indefensamente, y sin que hubiera habido *provocación* activa por parte de ellas. Por esa razón, hubo que hacer una distinción en el concepto y en el lenguaje. A los que morían como Rutilio los llamamos *mártires jesuánicos*, pues en vida y en muerte se habían parecido a Jesús, quien defendió a los pobres y luchó contra sus opresores. Monseñor Romero fue el mártir por antonomasia, y un campesino lo explicó con nitidez: “Monseñor dijo la verdad. Nos defendió a nosotros de pobres. Y por eso lo mataron”. Y como Jesús, monseñor Romero también resucitó. Ese Jesús era primogénito de los mártires y testigo de un *Dios liberador*.

1.2. El término “pueblo crucificado”

Hemos dicho que, al hablar solo de mártires, no tocamos el fondo del asunto. Con anterioridad histórica, y lógica, existía un pueblo crucificado. Veamos el origen y significado del término.

Por lo que sé, la expresión “pueblo crucificado” surgió en El Salvador hace más de treinta años. En lenguaje más sistemático, con Ignacio Ellacuría. Y en un lenguaje equivalente, más profético y descriptivo, con monseñor Romero. Mencionaban con vigor y rigor la *muerte* a la que eran sometidas las *mayorías*, por causa de la *injusticia*. Y dada la cultura religiosa del país, el término remitía a la *cruz de Cristo*, lo que ambos explicitaron. Veamos primero la dimensión histórica del pueblo crucificado. Dice Ellacuría:

Se entiende aquí por pueblo crucificado aquella colectividad que, siendo la mayoría⁹ de la humanidad, debe su situación de crucifixión a un ordenamiento social promovido y sostenido por una minoría que ejerce su dominio en función de un conjunto de factores, los cuales, como tal conjunto y dada su concreta efectividad histórica, deben estimarse como pecado¹⁰.

Monseñor Romero, por su parte, habló de la crucifixión histórica que ocurría en prácticamente todos los ámbitos de la realidad social, y la denunció en detalle cada semana con vigor inigualable:

Yo denuncio, la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable... ¡Ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema (12 de agosto, 1979). Manipulan

sino por trabajar y luchar por la justicia. Eso la asemejaba a Jesús y la hacía participar en su destino. En ese sentido, a los asesinados los llamamos, después, “mártires jesuánicos”. La temática del pueblo crucificado la abordamos más adelante, y la relacionamos con la cruz de Jesús. Véase *Jesu Cristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, San Salvador, 1991, pp. 425-451.

8. Pocos años después, Karl Rahner, con su ciencia y prestigio, dio carta de ciudadanía a esta nueva comprensión del martirio. “¿Por qué no habría de ser mártir un monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, en una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?”, en “Dimensiones del martirio”, *Concilium* 183 (1983) 523.
9. El término “mayoría de la humanidad” hoy se puede entender perfectamente como “muchísimos hombres”, “muchísimas mujeres”, “muchísimos niños y niñas”, que viven, sobre todo en el tercer mundo, bajo la opresión estructural, por parte de minorías, y con consecuencias muy graves.
10. “El pueblo crucificado, ensayo de soteriología histórica”, *Revista Latinoamericana de Teología* 18 (1989) 318, publicado tras su muerte. Antes había aparecido en *Cruz y Resurrección*, México, 1978, pp. 49-82. Escribió el texto a petición del Centro de Reflexión Teológica de México en 1978 como preparación a Puebla. Ellacuría, en los setenta y los ochenta, escribió frecuentemente sobre pobres, injusticia, opresión, represión y realidades afines. Sobre “pueblo crucificado”, escribió explícitamente en el artículo que estamos citando, de 1978, y en el anteriormente citado de 1981.

muchedumbres porque se le tiene cogida del hambre a mucha gente (16 de diciembre, 1979). No me cansaré de denunciar el atropello por capturas arbitrarias, por desaparecimientos, por torturas (24 de junio, 1979). Se sigue masacrando al sector organizado de nuestro pueblo solo por el hecho de salir ordenadamente a la calle para pedir justicia y libertad (27 de enero, 1980). La violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, el botar a la gente: esto es el imperio del infierno (1 de julio, 1979). Estamos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada (19 de marzo, 1979).

“Pueblo crucificado” expresa, pues, *negatividad*, pero no una negatividad cualquiera, sino específica. 1) “Pueblo” hace referencia a *inmensas mayorías*, mundos enteros, el tercer mundo, de modo que ese pueblo “crucificado” no es la excepción o la anécdota en el planeta. 2) Está amenazado de *muerte*, y no de una muerte *natural*, sino *histórica* que toma la forma de *crucifixión*, asesinato, activa privación de vida, lentamente por el hambre o rápidamente por la violencia. 3) Esa muerte es *producto de la injusticia*, personal y sobre todo estructural, que va acompañada de *crueledad* y *desprecio*. 4) Sobre el pueblo crucificado se cierne el *encubrimiento*. Se le niega palabra, y de esa forma *se le niega existencia*. El pueblo crucificado “no es”, y el mundo de abundancia impide o dificulta grandemente que “llegue a ser”. De ese modo, el mundo crucificante puede desentenderse –sin mala conciencia– de lo que ocurre a las inmensas mayorías oprimidas y reprimidas. 5) Las minorías que individualmente, o a través de estructuras, producen mayorías crucificadas son *agentes de pecado*.

Con Ellacuría y monseñor Romero, el pueblo de pobres y oprimidos llegó a tener nombre, lo cual fue un logro importante para proclamar con precisión la verdad de la realidad, y para facilitar que su realidad impactase en la conciencia colectiva. Pero monseñor Romero e Ignacio Ellacuría dieron un paso más. En un arrebato cristiano lo remitieron a Cristo crucificado. Y de esta forma, otorgaron dignidad *evangélica* a un pueblo tantas veces despreciado, a veces tenido por ateo, *comunista* se decía entonces. Esto causó impacto en la fe de los cristianos conscientes y en la teología, y por su sorprendente novedad también en algunos ámbitos de la sociedad.

Monseñor Romero lo dijo con profundidad, acompañada de hondo sentimiento y ternura inigualable, en la eucaristía que celebró en Aguilares el 19 de junio de 1977. En pocos días habían sido asesinados decenas de campesinos a manos de militares, y monseñor les dijo: “Ustedes son la imagen del Divino Traspasado¹¹... [Este pueblo] es la imagen de todos los pueblos que, como Aguilares, serán atravesados, serán ultrajados”. Cristianamente no se puede decir nada más profundo sobre el pueblo crucificado.

En lenguaje más sistemático, Ellacuría relacionó al pueblo crucificado con el siervo sufriente de Yahvé y, en definitiva, con Cristo crucificado. Lo hizo de diversas formas. El pueblo crucificado es “continuador del siervo sufriente de Jahvé”¹². Desde el siervo sufriente se puede ver “lo que fue, en uno de sus aspectos, la muerte de Jesús y, sobre todo, lo que es también, en uno de sus aspectos, la crucifixión del pueblo”¹³. Y pensó “la crucifixión del pueblo [...] desde la muerte de Jesús”¹⁴. El Jesús que muere crucificado y el

11. Monseñor Romero tomó la expresión de la primera lectura de la misa, Zac 12, 1b-14. En el texto, el traspasado es el mismo Dios. El Nuevo Testamento aplicará esta profecía de Zacarías a Jesús en la cruz en Jn 19, 37.

12. “Discernir el signo de los tiempos”, *Diakonia* 18 (1981) 58.

13. “El pueblo crucificado” 321

14. *Ibid.* 306.